

# Berlinguer, la persecución del consenso por el socialismo

JOSÉ LUIS MARTÍN RAMOS

Catedrático emérito de Historia Contemporánea  
de la Universidad de Barcelona

## Nota introductoria

Nacido en Cerdeña, Berlinguer se integró en el movimiento comunista a los veintiún años, en 1943, formándose como militante en la resistencia antifascista.<sup>1</sup> Al acabar la guerra fue elegido miembro del Comité Central y en 1948 del Comité Ejecutivo en representación de las Juventudes Comunistas; en 1960 fue elegido miembro de pleno derecho del Ejecutivo y del Secretariado entre 1962 y 1964. Ante la enfermedad de Luigi Longo, secretario general del PCI, asumió buena parte de sus funciones desde febrero de 1969 como vicesecretario general. Encabezó la delegación italiana en la Conferencia Mundial de Partidos Comunistas de junio de 1969; en ella, en respuesta a los acontecimientos de Checoslovaquia en 1968, rechazó la imposición de un modelo único de acceso y desarrollo del socialismo y recuperó la propuesta última de Togliatti contra la instauración de un solo partido y un solo Estado dirigente en el movimiento comunista.<sup>2</sup> En marzo de 1972 fue elegido secretario general del PCI, a tiempo para ser testigo político del derrocamiento del Gobierno de Unidad Popular en Chile, encabezado por Salvador Allende, el 11 de septiembre de 1973. La reacción de Berlinguer fue inmediata. El 28 de septiembre inició la publicación de una serie de tres artículos en la revista semanal del Partido,

<sup>1</sup> Giuseppe Fiori (2004): *Vita di Enrico Berlinguer*. Edizione Laterza, Roma. Chiara Valentini (2014): *Enrico Berlinguer*. Giaggiacomo Feltrinelli, Milán.

<sup>2</sup> Aldo Agosti (2003): *Togliatti. Un uomo di frontiera*. UTET, Turín. El llamado «testamento» de Togliatti es su «Memorándum sobre las cuestiones del movimiento obrero internacional y sobre su unidad», Yalta, 1964, publicado en castellano en Palmiro Togliatti, *Escritos políticos*, Ediciones Era, México D. F., 1971.





*Rinascita*, en los que propuso una nueva línea de alianzas para seguir avanzando en la lucha por el socialismo; una línea que tenía sus antecedentes en la de la amplia unidad antifascista y democrática impulsada por Togliatti a partir de 1944. A mediados de octubre de 1973, Berlinguer, en el tercero de sus artículos, formuló y argumentó la propuesta, que él mismo denominó «compromiso histórico», de un acuerdo de fondo entre el mundo católico y la izquierda en la perspectiva del avance de la democracia y la articulación de un amplio consenso en la perspectiva de una transformación socialista.

La cuestión católica empezó a tener respuestas organizativas y políticas en el PCI tras la común participación en las luchas de la resistencia contra la ocupación alemana y el fascismo, en los primeros años de la posguerra. En 1946 Togliatti impulsó una reforma de los estatutos del Partido por la que se establecía la afiliación al PCI «independientemente de la raza, las creencias y las convicciones religiosas». Se empezaba a reconfigurar de manera efectiva el Partido como laico y democrático o, como Berlinguer expresaría años después, «como tal no teísta, no ateo y no antiteísta». Años más tarde, en 1954, de nuevo Togliatti hizo un llamamiento al mundo católico para compartir la lucha contra el peligro del holocausto nuclear, abierto por la Guerra Fría. A pesar de la derechización del partido de la Democracia Cristiana, Togliatti mantuvo hasta su muerte la llamada a los comunistas de no caer en el reduccionismo y el sectarismo ante el mundo católico; en su discurso de Bérgamo, en 1963, señaló la centralidad de la cuestión de las relaciones entre el mundo comunista y el católico y la necesidad de resolverla de manera positiva. Berlinguer retomó la cuestión en el XIII Congreso del Partido, cuando en su informe sostuvo que «en un país como Italia, una nueva perspectiva solo puede llevarse a cabo con la colaboración entre las tres grandes corrientes populares: comunista, socialista, católica».<sup>3</sup> La suya es toda una lección de análisis abierto, no sectario, de la sociedad y el carácter indispensable de la política de alianzas en la consecución del consenso para el avance hacia el socialismo.

El XIV congreso del PCI, en marzo de 1974, aprobó la línea del compromiso histórico. La nueva propuesta tuvo una primera prueba de fuego en el referéndum del 12 de mayo de 1974 para la anulación de la ley del divorcio de 1970, impulsado por Fanfani —secretario político de la Democracia Cristiana y principal representante de la posición anticomunista—, el neofascista Almirante y el Vaticano. Berlinguer rechazó entrar en una «guerra de religión» y apeló al voto ciudadano, por encima de todas las confesiones. La moción Fanfani-Almirante fue derrotada por el 59% de votos en contra, desestabilizando a Fanfani y su empeño en la política de marginación del PCI. La puntilla a uno y a otra la dieron las elecciones municipales de junio de 1975, en las que el PCI

<sup>3</sup> Citado por Vittorio Gioello, «Nella crisi degli anni Settanta. I nodi della segreteria Berlinguer», en Alexander Höbel, Marco Albeltaro (eds.): *Novant'anni dopo Livorno*. Editori Riuniti, Roma, 2014.

sumó el 33% de los votos y quedó tan solo a un 1,8% de distancia de la DC. Fanfani tuvo que abandonar la secretaría política de la DC en la que se impuso una línea crítica, en la que sobresalió Aldo Moro, que contempló el fin del aislamiento político de los comunistas en un contexto marcado por la ofensiva terrorista de la extrema derecha —la «estrategia de la tensión»— la amenaza, cierta, de golpe de Estado, y el terrorismo sectario de la ultraizquierda, en particular de las Brigadas Rojas. La línea de la unidad democrática, rebautizada como «solidaridad democrática» empezó a abrirse paso.

Berlinguer añadió a la propuesta general de unidad democrática dos iniciativas: una, la aceptación de la OTAN, y la otra, la defensa de un nuevo modelo productivo como eje de un futuro programa común de gobierno. La primera pretendía evitar que esa pertenencia se erigiera en el obstáculo para el levantamiento del veto político al PCI, establecido en 1947, y se concretó en el Comité Central del PCI a comienzos de 1975, cuando Berlinguer sostuvo que, dado el equilibrio estratégico-militar de los dos bloques, no era realista plantear la retirada unilateral de Italia. Fue una iniciativa no solo no correspondida, sino combatida por el Gobierno norteamericano; Kissinger consideró a Berlinguer más peligroso que Cunhal. A pesar de que Berlinguer, en un momento de abierta confrontación con el PCUS, amplió la concesión verbal hacia la OTAN afirmando en una entrevista que prefería mantener a Italia dentro de dicha alianza, la respuesta norteamericana siguió siendo la del veto; en enero de 1978, Jimmy Carter confirmó que Estados Unidos no aceptaría la entrada del PCI en el Gobierno italiano. Fue una iniciativa malograda, por errónea. Como erróneo fue también su rechazo a la entrada del ejército soviético en Afganistán, en diciembre de 1979, que Berlinguer asimiló a la de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia en 1968; nada tenía que ver una cosa con la otra, y la dirección comunista italiana fue víctima de su desconocimiento real de la situación afgana.

La segunda iniciativa, por el contrario, aunque tampoco consiguió que se hiciera realidad, constituyó una de las principales aportaciones a la política comunista, destinada a ser más apreciada en nuestro presente que en el suyo. Fue la propuesta de la «austeridad», presentada por primera vez en la reunión del Comité Central de octubre de 1976 y en público en enero de 1977, en el discurso de clausura de la conferencia de intelectuales, convocada para debatir la propuesta. El contexto era la crisis económica, que puso fin al espejismo desarrollista y consumista de los Treinta Gloriosos, y el título de la propuesta respondía al propósito de dar una alternativa a la política de austeridad capitalista, que en sectores del propio PCI —Amendola— se asumía como un mal necesario, sin más. Berlinguer defendió que había que cerrar aquella etapa histórica del desarrollismo y del consumismo; había que adoptar un nuevo modelo productivo basado en las necesidades reales y las posibilidades de satisfacerlas, sin la lógica del consumo artificial y el despilfarro inherente al capitalismo. Se





imponía el cambio total de rumbo del productivismo, no como un mero «apretarse el cinturón» coyuntural, que recaería en las clases trabajadoras y populares, sino como cambio estructural de modelo productivo. En su propuesta de austeridad, Berlinguer incluía además la implementación de valores socialistas en el comportamiento social y la gestión política, asumibles por quienes no compartieran la ideología socialista o comunista, que anticipaban la transición cultural, en el más amplio sentido, hacia el socialismo. No era posible entender ese cambio sin la introducción de elementos socialistas. Dijo desde el principio, en el debate del Comité Central de octubre, que no cabía recuperación duradera si no había renovación. Esa renovación había de ser el núcleo del programa del compromiso histórico, no circunscrito a una coalición de partidos, sino que tenía un contenido trascendental de cambio de época. La propuesta de Berlinguer, reducida de manera falsaria a la imagen de «apretarse el cinturón» por sus antagonistas, no fue comprendida en aquel momento por buena parte de la izquierda: por sectores del PCI, por los socialistas de Craxi —que bajo un verbalismo de izquierda seguían oponiéndose al pleno acceso del PCI a todas las instituciones—, también por los sindicatos de la CGIL. Cuarenta y cinco años después sus palabras siguen siendo de actualidad.

No hubo ocasión entonces de llevar a cabo el proyecto de renovación del modelo productivo ni de defensa del sistema democrático con más democracia. El primer paso considerado entonces por Berlinguer, la entrada del PCI en el Gobierno, volviendo a la situación de 1945-1947, pareció aproximarse con las elecciones generales de junio de 1976: el Partido obtuvo el 34,4% de los votos y la DC, aunque mejoró su posición con respecto a las municipales y obtuvo el 38,7%, dejó de estar en condiciones de formar gobiernos centristas. Como reflejo de ese avance Pietro Ingrao fue elegido presidente de la Cámara de Diputados. A finales de 1977 la dirección del PCI anunció a Aldo Moro, entonces presidente de la DC, su solicitud formal de ingreso en el Gobierno de la República. Aldo Moro asumió la responsabilidad de plantearlo a la dirección de la DC y, en cualquier caso, defender la conveniencia de la política de solidaridad nacional. El proceso resultó complicado por la oposición irreductible de la derecha de la DC y las tortuosas maniobras de Andreotti. En marzo de 1978 Moro consiguió que la DC aprobara la formación de un nuevo Gobierno de solidaridad nacional que incluyera al PCI en la mayoría, pero no en el ejecutivo. El PCI lo aceptó a condición de que formaran parte en dicho ejecutivo personalidades independientes y no los que estuvieran en contra de la línea de solidaridad democrática. Andreotti hizo de las suyas y formó el 15 de marzo un Gobierno sin independientes y con miembros de la derecha democristiana hostiles al acuerdo. Todo cambió al día siguiente, en el que el nuevo Gobierno había de tener la ratificación de la cámara, cuando Aldo Moro fue secuestrado por las Brigadas Rojas. El 9 de mayo Moro fue asesinado por sus secuestradores. El PCI en aquel momento de crisis dio su voto en favor del Gobierno Andreotti; la línea

de la solidaridad nacional parecía confirmada en la tragedia, pero no pasó de ser una confirmación formal, sin que se produjera ningún cambio en la gestión gubernamental en la línea de la renovación. Aquel mismo año Zacagnini, secretario político de la DC, manifestó en Estados Unidos que tan pronto como fuera posible la DC rompería con el PCI.

Berlinguer reaccionó defendiendo la identidad revolucionaria del Partido y el sentido de fondo de su propuesta en el ámbito de las alianzas, situándolo en su fondo fundamental, el de las alianzas sociales. En su discurso en la fiesta de *L'Unità*, en septiembre de 1978, marcará la distinción no ya con los democristianos, sino con los socialistas: la socialdemocracia siempre se ha movido dentro de la lógica del capitalismo, el objetivo de los comunistas es salir de esa lógica. Acto seguido, la dirección del PCI acordará abandonar la mayoría parlamentaria y volver a la oposición. Tocaré al XV congreso del PCI, en marzo de 1979, presentar el balance: la exclusión del PCI del Gobierno, que habría sido culminación política de la solidaridad nacional, ha sido impuesta por la DC, la política de unidad democrática sigue siendo vigente. A lo largo de 1979 insistirá en defender el sentido de fondo del compromiso histórico, reconociendo error no en la línea, sino «en la forma de presentarlo y vivirlo»; la autocrítica estará en la subestimación del peso del anticomunismo en la DC, también en la presentación excesivamente institucional de la línea unitaria. La crítica de las masas se reflejará en el retroceso electoral en las generales de junio de 1979, en las que el PCI pierde 1,5 millón de votos y cuatro puntos porcentuales. Berlinguer recogerá esas críticas a lo largo de 1980, oponiéndose al acuerdo firmado en julio entre los sindicatos y el Gobierno del democristiano Cossiga, por el que se estableció la deducción de un 0,5% del salario de los trabajadores para constituir un denominado «fondo de solidaridad», y apoyó abiertamente las movilizaciones obreras en su contra, en particular la ocupación de la factoría de la FIAT en Milán, en septiembre, a cuya puerta acudió como muestra simbólica de ello.

Con el retroceso electoral y el paso dado hacia la oposición todavía en proceso de digestión, tras el terremoto de la región de Irpina, el 23 de noviembre de 1980, con el escándalo por las dificultades encontradas en las labores de rescate, Enrico Berlinguer sacudió al Partido y a la sociedad italiana presentando el 27 de noviembre a la dirección del PCI un documento en el que apuntaba una nueva iniciativa estratégica, sustentada en la denuncia de la corrupción del sistema de partidos italiano que actuaba no al servicio del Estado, sino sirviéndose de él para sus intereses particulares. Berlinguer dejó en suspenso cualquier relación de gobierno con la Democracia Cristiana, clave de bóveda de ese sistema, y animaba al PCI a convertirse en el impulsor de una renovación profunda de la política italiana para que fuese política y no mercadeo de intereses. La consigna central era que «la cuestión moral es hoy la cuestión política más importante»; resolverla no podría estar en manos de un





Gobierno articulado en torno a la DC, como desde el principio de la República, sino un Gobierno de alternativa democrática cuyo pivote habría de ser el PCI. Los hechos que siguieron le cargaron de razón de manera espectacular, cuando el 17 de julio de 1981 se encontró en una casa de Licio Gelli la lista de los miembros de la logia secreta de la P2: en ella había ministros en activo, exministros, la cúspide de los servicios secretos, dirigentes de partidos, periodistas, editores... gente de todos los partidos italianos, a excepción del PCI y de los pequeños grupos de Lucio Magri y Marco Pannella (Pajetta apostilló: la única manera de no votar a la P2 es votar al PCI). En ese momento Scalfari, fundador y director del diario *La Repubblica*, ofreció a Berlinguer, con el que mantenía amistad, la publicación de una entrevista en el diario, que se convirtió en un hito periodístico y político. La alternativa democrática fue el protagonista del último congreso del PCI en el que participó Berlinguer, el XVI, en marzo de 1983. Al propio tiempo se ocupó de defender la legitimidad del PCI, su naturaleza de enmienda a la totalidad del sistema, de partido diferente; la absoluta necesidad de su pervivencia, en sí y como partido de la sociedad, ni disimulando y menos ocultando su origen y tradición ni reduciéndose —como ya algunos le pedían— a un aparato electoral. Lo hizo de manera particular en dos artículos en *Rinascita*, en diciembre de 1981 y diciembre de 1982: «La renovación de la política y la renovación del PCI» y «Partido y sociedad en la realidad de los ochenta». Todo ello sin dejarse arrastrar a ningún giro de desaliento ni de abandono del camino emprendido. A pesar de que el resultado de las elecciones generales de junio de 1983 no fuera el deseado y mantuvieran al Partido sin recuperar los 12,6 millones de votantes, su máximo histórico, de 1976. Los más de 11 millones obtenidos lo mantenían como segundo partido de Italia, con un apoyo que no había que desperdiciar, sino hacer crecer para poder imponer de manera efectiva la alternativa democrática. La exasperación que le produce la deformación de su propuesta del compromiso histórico le llevó a dejar de mencionar la fórmula, aunque no a abandonar su sustancia; la cuestión que puso por delante, la consigna que identifica toda una línea, fue la de la alternativa democrática acompañada por la intensificación de la lucha por la paz en un mundo que está caminando a paso firme hacia una nueva Guerra Fría con el despliegue por parte de los Estados Unidos de los nuevos misiles de largo alcance. Su respuesta ante esta última amenaza es la postulación de la desescalada total hasta el abandono absoluto del arma nuclear. En ese curso, que será inesperadamente el último, defiende las conquistas materiales de la clase obrera italiana —en este caso avanzada del movimiento obrero todo—, la escala móvil de los salarios derogada por el Gobierno Craxi, y reconoce en declaración pública, el verano de 1983, que la gran novedad en Italia es el nacimiento del movimiento femenino de masas. No podrá seguir adelante, no por falta de convicción y de pasión política, sino por el inesperado ictus, al pie del cañón en un mitin en Padua el 7 de mayo de 1984, que producirá su muerte.

## SELECCIÓN DE TEXTOS

### El compromiso histórico

#### 1. «Imperialismo y coexistencia a la luz de los acontecimientos chilenos».

Publicado en *Rinascita* el 28 de septiembre de 1973

Algunos se han preguntado cómo es posible que unas intervenciones tan brutales como la llevada a cabo en Chile por las fuerzas del imperialismo y la reacción sigan ocurriendo en una fase de la vida internacional en la que están dando pasos cada vez más rápidos en el camino de la distensión y coexistencia pacífica en las relaciones entre Estados con regímenes sociales diferentes. Pero, ¿quién ha defendido nunca que la distensión y la coexistencia internacionales significan la llegada de una era de tranquilidad, el fin de la lucha de clases en el plano interno e internacional, contrarrevoluciones y revoluciones?

La política de distensión, en la perspectiva de la coexistencia pacífica es, ante todo, la forma de garantizar un objetivo primordial de interés vital para toda la humanidad y cada pueblo: evitar la catástrofe de la guerra atómica y termónuclear, asegurar la paz mundial, afirmar el principio de la negociación como único medio para resolver las disputas entre Estados. Además, la distensión y la coexistencia, en tanto que implican la reducción progresiva de todos los armamentos y las múltiples formas y la creciente cooperación económica, científica y cultural, tanto en el plano bilateral como el multilateral, son una de las formas de abordar los esfuerzos combinados, los grandes problemas del mundo contemporáneo como la mejora de las zonas deprimidas, la contaminación, la lucha contra la indigencia y las enfermedades sociales, etcétera.

La distensión y la coexistencia no implican en sí mismas, automáticamente y en poco tiempo, la superación de la división del mundo en bloques y zonas de influencia, y por lo tanto no impiden a Estados Unidos la posibilidad de interferir de diversas maneras, incluso las más descaradas, en las zonas y países que les gustaría adquirir para siempre dentro de la esfera de su dominio directo o indirecto.

La división del mundo en diferentes bloques y áreas es un hecho que preexiste a la política de distensión y coexistencia, ya que es el resultado de todo el curso del progreso histórico mundial, desde la Revolución de Octubre a la Segunda Guerra Mundial y los acontecimientos de signo diferente, de estas últimas décadas, que han determinado la actual dislocación de los equilibrios internacionales y nacionales. Tampoco debemos olvidar la influencia negativa en la vida internacional de esas divisiones entre los países socialistas que tienen su punto más alto en las diferencias entre la China Popular y la Unión Soviética.



[...]

En particular, siempre hemos dado la debida importancia a lo largo de nuestra trayectoria al hecho fundamental de que Italia pertenece al bloque político-militar dominado por Estados Unidos, y el inevitable condicionamiento que se produce. Pero la conciencia de este hecho objetivo ciertamente no nos llevó a la inercia y la parálisis. Reaccionamos y reaccionaremos con nuestra propia iniciativa y lucha. Hemos rechazado todos los intentos de aplastarnos o aislarnos. Nuestra fuerza y nuestra influencia entre las masas populares y en la vida nacional han crecido realmente. Este camino puede y debe seguirse. Así que, en primer lugar, es necesario cambiar las relaciones de poder internas hasta el punto de desalentar y hacer inútil cualquier intento de los grupos reaccionarios nacionales e internacionales de subvertir el marco democrático y constitucional para golpear los logros de nuestro pueblo, para romper su unidad y detener su avance hacia la transformación de la sociedad.

Al mismo tiempo, también hay que desarrollar nuestra lucha e iniciativa en el ámbito de las relaciones internacionales, tanto aportando nuestra contribución a todas las batallas en Europa, y en todas las partes del mundo pueden llevar a debilitar las fuerzas del imperialismo, la reacción y el fascismo, como instando a una política exterior italiana que afirme, junto con la voluntad del nuestro país a vivir en paz y amistad con todos los demás países, el derecho del pueblo italiano para construir su propio futuro en plena libertad.

Hoy se pueden dar pasos decisivos en esta dirección, porque las necesidades y las propuestas que hacemos se inscriben en un marco europeo caracterizado por un progreso significativo en la distensión y porque se encuentran con aspiraciones e iniciativas similares manifestadas en otros países de Europa occidental. A partir de esto trazamos una línea que se centra en la propuesta de trabajar por un acuerdo de paz en el Mediterráneo y por una Europa Occidental autónoma, pacífica y democrática. Trabajar para este objetivo no es colocar a dicha Europa, y en ella a Italia, en una posición de hostilidad hacia la Unión Soviética y los demás países socialistas o hacia los Estados Unidos. Los que lo hicieran estarían proponiendo algo absurdo, poco realista y, en última instancia, antitética a la lógica de una política de la distensión y el desarrollo democrático para nuestro país y todos los demás países de Europa.

## 2. «Vía democrática y violencia reaccionaria».

Publicado en *Rinascita* el 5 de octubre de 1973

Tras la liberación, una vez recuperadas las libertades democráticas, Italia se encontró en la condición de un país ocupado por los ejércitos de las potencias capitalistas (Estados Unidos, Gran Bretaña). Esto no podía realmente ser subestimado, al igual que más tarde y todavía no se puede subestimar el hecho



—que ya hemos mencionado—, y que fue constituido por la posición de Italia en un determinado bloque político-militar. Cuando, como en Grecia en 1945, esta condición internacional no fue considerada en todas sus implicaciones, el movimiento obrero y comunista se lanzó a la aventura, sufrió una trágica derrota y fue expulsado a la situación de clandestinidad de la que acababa de salir.

Pero este no fue el único factor que determinó nuestra elección de estrategia y táctica. El significado más profundo del punto de inflexión radica en la necesidad y en la voluntad del Partido Comunista de aceptar toda la historia italiana y, por tanto, también con todas las fuerzas históricas (de inspiración socialista, católica y otras inspiraciones democráticas) que estaban presentes en la escena del país y que lucharon junto a nosotros por la democracia, por independencia del país y por su unidad. La novedad radica en que en el transcurso de la guerra de liberación se creó una unidad que incluía todas esas fuerzas. Era una unidad que se extendía desde el proletariado a los campesinos, a amplios estratos de la pequeña burguesía, a grupos de clase media progresista, una gran parte del movimiento de masas católico y también a formaciones y cuadros de las fuerzas armadas.

«Hemos estado a la cabeza de los promotores, organizadores y líderes de esta unidad que tenía su propio programa de renovación de toda la vida del país, un programa que no solo fue formulado en textos escritos, parcialmente, sino que estaba orientado a establecer un régimen de democracia política avanzada, reformas profundas de todo el sistema económico y social y el advenimiento al frente de la sociedad de un nuevo bloque de fuerzas progresivas. Nuestra política era luchar de manera abierta y coherente para esa solución, que implicaba un desarrollo democrático y la renovación social orientada en la dirección del socialismo. No es, por tanto, que hayamos tenido que elegir entre la vía de una insurrección ligada a la perspectiva de la derrota y una vía de evolución tranquila, sin asperezas ni riesgos. El camino que se abrió frente a nosotros era uno solo, dictado por las circunstancias objetivas, las victorias conseguidas por la lucha y por la unidad y los programas que surgieron en esa lucha. Se trataba de liderar y empujar hacia adelante, esforzándose por superar y romper todo obstáculo y resistencia; un verdadero movimiento de masas que salió victorioso de las pruebas de una guerra civil. Esta fue la tarea más revolucionaria y concentramos nuestras fuerzas para cumplirlo». Así se expresó Togliatti en esa síntesis magistral de nuestra política con la que abrió el informe presentado al X Congreso del Partido. Somos muy conscientes de que la política de romper la unidad de las fuerzas populares y antifascistas, perseguida por grupos conservadores y reaccionarios internos e internacionales en la Democracia Cristiana, una política que el país ha pagado cara, interrumpió el proceso de renovación iniciado por la Resistencia. Sin embargo, no pudo cestrarlo. Un tejido unitario amplio y robusto ha resistido en el país y en la conciencia a todos los intentos de hacerle daño, y este tejido, en los últimos años,



ha comenzado a desarrollarse de nuevo en lo social y político, en nuevas formas, ciertamente, pero que tienen como protagonistas a las mismas fuerzas históricas que se habían unido en la Resistencia.

Nuestra tarea esencial —y es una tarea que se puede cumplir— es, por tanto, la de extender el tejido unitario, la de reunir en torno a un programa de lucha por la rehabilitación y la renovación democrática de toda la sociedad y el Estado a la gran mayoría del pueblo, y hacerlo corresponde a este programa y a este mayoritario conjunto de fuerzas políticas capaces de realizarlo. Solo esta línea y ninguna otra puede aislar y derrotar a los grupos conservadores y reaccionarios, puede dar a la democracia solidez y fuerza invencible, puede hacer avanzar la transformación de la sociedad. Al mismo tiempo, solo siguiendo este camino se pueden crear las condiciones para construir una sociedad y un Estado socialista que garantice el pleno ejercicio y desarrollo de todas las libertades.

[...]

Estas experiencias de la clase obrera, del pueblo italiano y de nuestro partido confirman el carácter algo abstracto de esas tesis que tienden a reducirse esquemáticamente al dilema entre la vía pacífica y la no pacífica la elección de la estrategia de lucha para el avance hacia el socialismo. Los acontecimientos sociales y políticos que se han desarrollado durante tantos años en Italia son y han sido pacíficos, en el sentido de que no han conducido a una guerra civil. Pero los acontecimientos no han sido ciertamente suaves e incruentos: han estado marcados por luchas muy duras, por crisis y enfrentamientos agudos, por rupturas o riesgos de ruptura más o menos profunda. Elegir una vía democrática no significa, por lo tanto, adormecerse en la ilusión de una evolución plana y sin sacudidas de la sociedad del capitalismo al socialismo.

También nos ha parecido siempre erróneo definir la vía democrática simplemente como una vía parlamentaria. No nos afecta el cretinismo parlamentario, mientras alguno sufre de cretinismo antiparlamentario. Consideramos que el Parlamento es una institución esencial de la vida política italiana, y no solo hoy, sino también durante la transición al socialismo y en el curso de su construcción. Esto es lo más cierto, porque el renacimiento y la renovación de la institución parlamentaria es, en Italia, un logro que se debe principalmente a la lucha de la clase obrera y de las masas trabajadoras. Por lo tanto, el Parlamento no puede ser concebido y utilizado, como fue el caso en la época de Lenin y como puede ser el caso en otros países, solo como un foro para denunciar los males del capitalismo y los gobiernos burgueses y para la propaganda del socialismo. En Italia, también es, y sobre todo, un lugar en el que los representantes del movimiento obrero desarrollan y concretan su propia iniciativa, en el ámbito político y legislativo, tratando de influir en la dirección de la política nacional y afirmar su función de liderazgo. Pero el Parlamento solo puede cumplir su labor si, como dijo Togliatti, se convierte cada vez más en un «espejo del país» y si la iniciativa parlamentaria de los partidos del movimiento



obrero está ligada a las luchas de las masas, al crecimiento del poder democrático en la sociedad y la afirmación de los principios democráticos y constitucionales en todos los sectores y órganos de la vida estatal.

### 3. «La propuesta de compromiso histórico».

Publicado en *Rinascita* el 12 de octubre de 1973

Hemos visto que el camino democrático no es ni recto ni sin dolor. En general, la trayectoria del movimiento obrero, sean cuales sean las formas de lucha, nunca ha sido ni puede ser un ascenso ininterrumpido. Siempre hay altibajos, fases de avance seguidas de fases en las que la tarea es consolidar lo conseguido, y también fases en las que debemos saber hacer una retirada para evitar la derrota, reunir fuerzas y preparar las condiciones para reanudar el camino hacia adelante. Esto es válido tanto cuando el movimiento obrero lucha en la oposición como cuando toma el poder o entra en el Gobierno...

Lenin escribió: «Hay que entender —y la clase revolucionaria aprende a entender desde su propia amarga experiencia— que no se puede ganar sin aprender la ciencia de la ofensiva y la ciencia de la retirada». El propio Lenin, que fue sin duda el líder revolucionario más audaz en la ciencia de la ofensiva, fue también el más audaz al ser capaz de captar rápidamente los momentos de consolidación y retroceso, y en utilizar estos momentos para tomarse un tiempo, para reorganizar las fuerzas y reanudar el avance. Dos ejemplos reveladores de esta genial capacidad de Lenin fueron el compromiso con el imperialismo alemán consagrado en la paz de Brest-Litovsk y el compromiso con las fuerzas capitalistas internas que caracterizó la orientación que llevó el nombre de NEP (Nueva Política Económica).

[...]

El objetivo de una fuerza revolucionaria, que es transformar datos concretos de una determinada realidad histórica y social, no se puede lograr sobre la base del puro voluntarismo y los impulsos espontáneos de clase de los sectores más combativos de las masas trabajadoras, sino moviéndose siempre desde la visión de lo posible, combinando combatividad y resolución con prudencia y capacidad de maniobra. El punto de partida de la estrategia y la táctica del movimiento revolucionario es la identificación exacta del estado de las correlaciones de fuerza existentes en un momento dado y, en general, la comprensión de todo el marco de la situación internacional general y la interna en todos sus aspectos, sin aislar nunca unilateralmente este o aquel elemento.

La vía democrática al socialismo es una transformación progresiva —que en Italia puede realizarse en el marco de la Constitución antifascista— de toda la estructura económica y social, los valores y las ideas rectoras de la nación, el sistema de poder y el bloque de fuerzas sociales en el que se expresa. Lo que sí



es cierto es que la transformación general por la vía democrática que queremos llevar a cabo en Italia necesita, en todas sus fases, de la fuerza y del consenso.

La fuerza debe expresarse en la vigilancia incesante, la combatividad de las masas trabajadoras, en su determinación de rechazar rápidamente —ya sea en el Gobierno o en la oposición— las maniobras, los intentos y ataques a las libertades, los derechos democráticos y la legalidad constitucional. Conscientes de esta necesidad ineludible, siempre hemos puesto en guardia a las masas trabajadoras y populares, y seguiremos haciéndolo, contra cualquier forma de ilusión o ingenuidad, contra cualquier subestimación de las intenciones agresivas de las fuerzas de la derecha.

[...]

La profunda transformación de la sociedad por vías democráticas necesita del «consenso» en un sentido muy preciso; en Italia solo puede producirse como una revolución de la gran mayoría de la población, y solo con esta condición: «el consenso y la fuerza» se complementan y pueden convertirse en una realidad invencible.

Esa relación entre fuerza y consenso también es necesaria sean cual sean las formas de lucha adoptadas, incluso si son las más avanzadas hasta las que hacen uso de la violencia. Nuestro movimiento de liberación nacional, que fue un movimiento armado, fue capaz de resistir y ganar porque se basó en la unidad de todas las fuerzas populares y democráticas y porque fue capaz de ganar el apoyo y el consentimiento de la gran mayoría de la población. Por otra parte, incluso en la orilla opuesta, se vio que los movimientos antidemocráticos y el propio fascismo no pueden establecer y ganar únicamente mediante el uso de la violencia reaccionaria, sino que tienen necesidad de una base de masas más o menos amplia, especialmente en países con una estructura económica y social compleja y articulada. Y es incluso obvio recordar que, en general, la dominación de la burguesía no se basa solo en los instrumentos (desde los más brutales hasta los más refinados) de coerción y represión, sino que también se apoya en una base de consenso más o menos manipulado, sobre un determinado sistema de alianzas sociales y políticas. Por eso, la cuestión de las alianzas es el problema decisivo de toda revolución y toda política revolucionaria, por lo que es la también decisiva para la afirmación de la vía democrática.

[...]

Por lo tanto, la estrategia de las reformas solo puede afirmarse y avanzar si se apoya en una estrategia de alianzas. De hecho, hemos hecho hincapié en que, en la relación entre las reformas y las alianzas, estas son la condición decisiva, porque si se estrechan las alianzas de la clase obrera y se amplía la base de los grupos dominantes, tarde o temprano la propia realización de las reformas fracasa y toda la situación política retrocede hasta dar un vuelco completo.

Por supuesto, la política de alianzas tiene su punto de partida en la búsqueda de la convergencia entre los intereses económicos inmediatos y la pers-



pectiva de la clase obrera y las de otros grupos y fuerzas sociales. Sin embargo, esta búsqueda no debe concebirse ni aplicarse de forma esquemática o estática. Es decir, hay que exigir y perseguir objetivos que ofrezcan concretamente a esos estratos de población y esas fuerzas y grupos sociales una certeza de perspectivas que garanticen nuevas formas, y posiblemente mejorar su nivel de existencia y su papel en la sociedad, aunque en un desarrollo económico diferente y en un orden social más justo y moderno.

Para ello, también es necesario trabajar para determinar una evolución en la propia mentalidad de esas clases y fuerzas sociales, en el sentido de ampliar a toda la población una visión cada vez menos individualista o de defensa corporativa y cada vez más social de los intereses de los individuos y de la colectividad.

Por tanto, no nos limitamos a buscar y establecer la convergencia con figuras sociales y categorías económicas ya definidas, sino que tendemos a conquistar y englobar en un complejo abanico de alianzas todos los grupos de población, fuerzas sociales no clasificables como clases, que son precisamente las mujeres, los jóvenes y las jóvenes, las masas populares del Mezzogiorno, las fuerzas de la cultura o los movimientos de opinión. Y proponemos objetivos no solo económicos y sociales, sino de desarrollo civil, de progreso democrático, de afirmación de la dignidad de la persona, de expansión de las múltiples libertades del hombre. Así es como nos proponemos y hacemos el trabajo concreto para construir y preparar los cimientos, las condiciones y garantías de lo que se quiere llamar «modelo nuevo del socialismo».

Una gran cuestión que nos compromete políticamente, y que debe comprometer cada vez más a los marxistas más teóricos y a los estudiosos más avanzados en Italia y los países de Occidente, es cómo hacer que un programa de profundas transformaciones sociales —que necesariamente provoca reacciones de todo tipo de los grupos reaccionarios— no se lleve a cabo de tal manera que empuje hacia una posición de hostilidad por parte de vastos estratos de las clases medias, sino que reciba, en todas sus fases, el consentimiento de la gran mayoría de la población. Esto, evidentemente, implica una cuidadosa elección de las prioridades y el momento de las transformaciones sociales y, en consecuencia, implica esforzarse no solo por evitar un colapso de la economía, sino más bien asegurar, incluso en la transición crítica hacia nuevos acuerdos sociales, la eficiencia del proceso económico.

[...]

Si es cierto que se puede realizar una política de renovación democrática solo si cuenta con el apoyo de la gran mayoría de la población, se sigue la necesidad no solo de una política de amplias alianzas sociales, sino también de un determinado sistema de relaciones políticas, de modo que favorezca una convergencia y colaboración entre todas las fuerzas democráticas hasta que se forme una alianza política entre ellas.



Por el contrario, el enfrentamiento y choque frontal entre partidos que tienen una base en el pueblo y por los cuales se sienten representadas importantes masas de población llevan a una ruptura, a una verdadera división del país en dos, lo que sería perjudicial para la democracia y abrumaría los fundamentos mismos de la supervivencia del Estado democrático.

[...]

Obviamente, la unidad, la fuerza política y electoral de la izquierda, y la comprensión cada vez más sólida entre sus diversas y autónomas expresiones, son la condición indispensable para mantener una presión creciente en el país en favor del cambio y para su determinación. Sería, empero, completamente ilusorio pensar que aunque los partidos y fuerzas de izquierdas consiguieran el 51% de los votos y de la representación parlamentaria (que marcaría, en sí mismo, un importante paso adelante en la correlación de fuerzas entre los partidos en Italia), eso garantizaría la supervivencia y el trabajo de un Gobierno que era la expresión de este 51%.

Por ello no hablamos de una «alternativa de izquierdas», sino de una «alternativa democrática», es decir, de la perspectiva política de una colaboración y comprensión de las fuerzas populares de inspiración comunista y socialista con las fuerzas populares de inspiración católica, así como con formaciones de otra orientación democrática.

Nuestra obstinación en proponer esa perspectiva es objeto de controversia y críticas de diversos sectores, pero la verdad es que ninguno de nuestros críticos y objetores ha podido y sabido señalar otra perspectiva válida, capaz de sacar a Italia de la crisis en la que la ha metido la política de división de las fuerzas democráticas y populares, para dar solución a los inmensos y lacerantes problemas económicos, sociales y civiles abiertos y de garantizar el futuro democrático de nuestra República.

4. «El leninismo y la “legitimación democrática” del PCI».  
Entrevista de Eugenio Scalfari en el diario *La Repubblica*,  
2 de agosto de 1978

**Eugenio Scalfari:** Honorable Enrico Berlinguer, ¿qué es para ustedes, los comunistas italianos, el leninismo?

**Enrico Berlinguer:** No es fácil resumirlo en una entrevista. Yo diría que es el legado que nos ha dejado un gran revolucionario ruso y europeo a lo largo de treinta años de lucha política e ideológica, que llevó a cabo como intelectual y líder del Partido, como periodista y pensador marxista, como luchador y organizador, como hombre de gobierno y líder internacional. No se pueden considerar y fijar, separados unos de otros, ni las diversas facetas de la personalidad



de Lenin ni los diferentes momentos, los aspectos individuales y los desarrollos posteriores de su elaboración teórica y su conducta práctica. El suyo es un patrimonio muy rico y complejo, del cual nos sentimos continuadores, pero también críticos e intérpretes, evaluando las circunstancias históricas en las que se expresaron y tuvieron lugar su pensamiento y su acción.

[...]

**ES: Pero en resumen, ¿es usted leninista o no? No es una curiosidad, es un problema con el que tienes que afrontar hoy.**

**EB:** ¿Está seguro? ¿Está usted bastante seguro de que hoy, 1978, después de lo que sucedió y sucede en Italia, en Europa, en el mundo, el problema con que debemos enfrentar nosotros, los comunistas italianos, es precisamente responder a la pregunta de si somos leninistas o no? Y no digo usted, sino todos aquellos que hacen esta pregunta ¿realmente conocen a Lenin y al leninismo, saben de qué se trata realmente cuando hablan de ello? Permítanme dudar. Sin embargo, a mí me parece totalmente viva y válida la lección que nos dio Lenin elaborando una verdadera teoría revolucionaria, es decir, yendo más allá de la «ortodoxia» del evolucionismo reformista, exaltando el momento subjetivo de la iniciativa autónoma del Partido, luchando contra el positivismo, el materialismo vulgar, la expectativa mesiánica, los vicios propios de la socialdemocracia, y en su lugar abrir un camino a las fuerzas proletarias de la renovación y la liberación que lucharon en Rusia y en todo el mundo. Vale la pena la lección del Lenin que rompió la dominación y la unidad mundial del sistema capitalista, imperialista y colonialista, del Lenin luchador en todos los rincones de Europa por la paz y contra la guerra, del Lenin que descubrió el carácter decisivo de la alianza del proletariado industrial con los campesinos pobres, y que, todavía unos meses antes de octubre de 1917, «en esa situación enconada, no excluyó la posibilidad de un desarrollo pacífico de la revolución socialista y la continuación del pluralismo partidario» (estas son las palabras de Togliatti en 1956); del Lenin que concibió el socialismo como la sociedad que debía realizar la plenitud completa de la democracia.

[...]

Y en cuanto al centralismo democrático, pongamos fin a las distorsiones de conveniencia. De todos modos, acabemos con su identificación con las degeneraciones del «centralismo orgánico» y del «centralismo burocrático» que sufrió posteriormente, pero que no tuvieron nada que ver con el centralismo democrático tal como fue concebido e implementado por Lenin: es decir, no como unanimismo preventivo, sino como método para asegurar, al final, la unidad indispensable en la orientación y el trabajo concreto del Partido: es decir, después de que se hubiesen expresado libre y democráticamente las posibles posiciones diferentes, que la mayoría se convertiría con razón en



la posición de todo el Partido. El centralismo democrático no fue ni debe ser concebido, por lo tanto, como norma asfixiante de la libertad de opinión dentro del Partido, sino como norma que garantiza, agotado el debate democrático interno, la condición elemental por la cual un partido es capaz de operar eficazmente, es decir, de manera unida, disciplinadamente. Y ten en cuenta que una cosa es aplicar correctamente este centralismo democrático en un partido de cuadros, que era el partido bolchevique, y otra cosa es su aplicación en un partido de masas, como el nuestro, en el cual es estructuralmente más amplia la dimensión y articulación democráticas, y donde cada militante no solo puede expresar sus pensamientos, sino que puede pedir que, en las instancias estatutarias, sobre una de sus propuestas votemos y decidamos democráticamente, es decir, por mayoría.

[...]



**ES: Honorable Berlinguer, ¿puede explicar por fin el compromiso histórico con unas pocas palabras claras?**

156

**EB:** He aquí. Estamos seguros de que Italia es un país que necesita grandes transformaciones sociales, económicas y políticas: una profunda renovación de las estructuras de la moral pública, de la organización social. Es imposible iniciar y llevar a cabo estas transformaciones sin acuerdo de las grandes fuerzas sociales (obreros, burguesía productiva, campesinos, masas juventud, mujeres) y políticas (comunistas, socialistas, católicos, laicos). Esta corresponsabilidad histórica no obliga necesariamente a todos a participar en la mayoría y el Gobierno. Son posibles de vez en cuando fórmulas políticas, coaliciones de gobierno y diferentes mayorías, siempre que permanezcan esa responsabilidad común, esa solidaridad nacional, ese esfuerzo de comprensión mutua, y siempre que, sobre todo, permanezca el compromiso común para transformar el país. Este es el compromiso histórico. Y por esta razón afirmo que aquellos que están en contra del compromiso histórico a veces esconden, más o menos conscientemente, un prejuicio anticomunista y el deseo de que el proceso de transformación no tenga lugar, o no es tan profundo y radical como creemos que es necesario.

## Un nuevo modelo productivo

### 1. «Austeridad. Una oportunidad para transformar Italia. Conclusiones a la conferencia de intelectuales».

Roma, 15 de enero de 1977

La austeridad no es hoy un mero instrumento de política económica que deba utilizarse para superar una dificultad temporal y cíclica, a fin de permitir la recuperación y restauración de los viejos mecanismos económicos y sociales. Así es como la austeridad es concebida y presentada por los grupos dominantes y las fuerzas políticas conservadoras. Pero ese no es el caso para nosotros. Para nosotros, la austeridad es el medio para ir a las raíces y sentar las bases para superar un sistema que ha entrado en una crisis estructural y fundamental, no cíclica, de ese sistema cuyos rasgos distintivos son el desperdicio y el despilfarro, la exaltación del particularismo y el individualismo más desenfrenado, del consumismo más insensato. Austeridad significa rigor, eficiencia, seriedad, y significa justicia; es decir, todo lo contrario de todo lo que hemos conocido y pagado hasta ahora, y que nos ha llevado a la gravísima crisis cuyos fracasos se han ido acumulando durante años y que hoy se manifiesta en Italia en todo su dramático alcance.

[...]

La austeridad es para los comunistas una lucha efectiva contra lo existente, contra el curso espontáneo de las cosas, y es, al mismo tiempo, una premisa, una condición material para iniciar el cambio. Concebida de esta manera, la austeridad se convierte en un arma de lucha moderna y actualizada tanto contra los defensores del orden económico y social existente como contra aquellos que la consideran como el único sistema posible de una sociedad destinada orgánicamente a permanecer atrasada, subdesarrollada y, además, cada vez más desequilibrada, cada vez más llena de injusticias, contradicciones, desigualdades.

Lejos de ser, por lo tanto, una concesión a los intereses de los grupos dominantes o a las necesidades de supervivencia del capitalismo, la austeridad puede ser una opción que tenga un contenido de clase avanzado y concreto; puede, y debe ser, una de las formas en las que el movimiento obrero se convierte en portador de un modo diferente de vida social, a través de la cual lucha por afirmar, en las condiciones actuales, sus antiguos y siempre válidos ideales de liberación.

Y, de hecho, creo que en las condiciones actuales es impensable luchar real y eficazmente por una sociedad superior sin alejarse de la necesidad indispensable de la austeridad. Ahora bien, la austeridad, dependiendo del contenido que tenga y de las fuerzas que gobiernen su implementación, puede ser utilizada como instrumento de depresión económica, represión política, per-



petuación de injusticias sociales o como una oportunidad para un nuevo desarrollo económico y social, para una rehabilitación rigurosa del Estado, para una transformación profunda de la estructura de la sociedad, para la defensa y expansión de la democracia: en una palabra, como medio de justicia y liberación del hombre y de todas sus energías hoy mortificadas, dispersas, desperdiciadas.

[...]

Por ello, una política de austeridad, rigor y guerra contra el despilfarro se ha convertido en una necesidad irrefutable por parte de todos y es, al mismo tiempo, la palanca sobre la cual presionar para avanzar en la batalla para transformar la sociedad en sus estructuras y sus ideas básicas.

Una política de austeridad no es una política tendencial de nivelación a la pobreza, ni debe llevarse a cabo con el objetivo de asegurar la simple supervivencia de un sistema económico y social que ha entrado en crisis. Una política de austeridad, por otro lado, debe tener como objetivo —y por eso puede, debe ser asumida por el movimiento obrero— establecer la justicia, la eficiencia, el orden y, añadiría, una nueva moralidad.

Concebida de esta manera, una política de austeridad, incluso si implica (por necesidad, por su propia naturaleza) ciertas renunciaciones y ciertos sacrificios, adquiere al mismo tiempo un significado renovador y se convierte, en efecto, en un acto liberador para las grandes masas, sujeto a la vieja sujeción y a la marginación intolerable; crea una nueva solidaridad y, por lo tanto, puede obtener un consenso creciente, se convierte en un amplio movimiento democrático, al servicio de un trabajo de transformación social.

[...]

Cuando fijamos la meta de una planificación del desarrollo que tiene como meta la elevación del hombre en su esencia humana y social, no como un mero individuo opuesto a sus semejantes; cuando nos fijamos el objetivo de superar patrones de consumo y comportamiento inspirados en un individualismo exasperado; cuando establecemos el objetivo de ir más allá de la satisfacción de necesidades materiales inducidas artificialmente, e incluso más allá de la satisfacción en las formas irracionales, costosas, alienantes y, además, socialmente discriminatorias actuales, de necesidades que, sin embargo, son esenciales; cuando fijamos el objetivo de la plena igualdad y la liberación efectiva de la mujer, que es hoy uno de los mayores problemas de la vida nacional, y no solo de ella; cuando fijamos el objetivo de la participación obrera y ciudadana en el control de las empresas, la economía y el Estado; cuando fijamos el objetivo de la solidaridad y la cooperación internacionales, que conducen a una redistribución de la riqueza a escala mundial; cuando nos fijamos objetivos de este tipo, ¿qué otra cosa hacemos sino proponer formas de vida y relaciones entre hombres y entre Estados que sean más solidarias, más sociales, más humanas y, por lo tanto, que salgan del marco y la lógica del capitalismo?



## La alternativa democrática, la cuestión moral

### 1. Entrevista de Alfredo Reichlin a Berlinguer en *L'Unitá*, 7 de diciembre de 1980

**Alfredo Reichlin:** Comenzamos con la pregunta que todo el mundo se hace: ¿es este un punto de inflexión?

**Enrico Berlinguer:** Las disputas nominalistas no me atraen, porque llevan la discusión a un terreno abstracto. Si nos fijamos en el fondo, la novedad está ahí y es significativa, como veremos dentro de un momento. Sin embargo, esto no supone una inversión de nuestra estrategia. Hoy, más que nunca, partimos de la idea de que para hacer frente a una crisis tan grave y peligrosa, para defender la democracia italiana —y hacerlo de la única manera posible, es decir, renovándola—, es necesario que las grandes fuerzas populares (desde la nuestra hasta las socialistas y católicas) no se desgaren, no se desintegren, sino que encuentren objetivos comunes.

Lo que significa, concretamente, que no se distancian de la vida política, sino que participan en ella en primera persona, con su identidad histórica, con sus valores originales, con sus organizaciones políticas y sociales. Hasta aquí el fundamentalismo y el hegemonismo comunista. La unidad siempre ha sido y sigue siendo nuestra bandera, pero no puede reducirse a acuerdos en la cumbre que no siempre son posibles o adecuados. Lo importante es que en cada caso se mantenga un tejido unitario. La unidad es fuerte y se mantiene, más allá de los vaivenes de los acontecimientos políticos, más allá incluso de los enconados enfrentamientos entre partidos y más allá de las posiciones parlamentarias y gubernamentales, si surge de esta libre competencia entre fuerzas diferentes en el terreno de los grandes problemas nacionales, en esencia, de fuertes experiencias políticas colectivas vividas por las masas en grandes batallas por la libertad y la renovación. Solo así el pueblo se convierte en nación y se reconoce en las instituciones, ya que él mismo participa en la definición de los objetivos nacionales.

**AR:** Siento interrumpir, pero un discurso así nos lleva directamente a la otra cuestión tan debatida: el «compromiso histórico».

**EB:** Todos estos enterradores de «compromiso histórico» me hacen sonreír un poco. ¿Por qué ha fracasado? Fracasó por la caricatura que hicieron de ella al presentarla como una pura fórmula de gobierno; peor aún, como un acuerdo de poder entre nosotros y la DC. Hemos dicho cien veces que no era eso, sino la búsqueda de una convergencia entre los distintos componentes de la historia italiana, de la sociedad nacional, incluso, por tanto, entre las distintas



clases, tal que hiciera posible una profunda transformación democrática (un segundo 1945, se ha dicho) respetando el pluralismo y la Constitución republicana. ¿Qué quieren nuestros críticos? Una de dos: o bien quieren impedir esta misma transformación —sabiendo muy bien que alguna forma de compromiso histórico es la única palanca posible de la misma— incluso al precio de un choque lacerante, o bien esperan que el PCI renuncie a trabajar por una sociedad socialista basada en la democracia, pluralista, ya sea volviendo a la idea del choque de clases y de la dictadura del proletariado, ya sea abrazando la concepción socialdemócrata. Se sentirán decepcionados. Nuestra estrategia sigue siendo válida en sus fundamentos esenciales.

[...]

¿Cuáles? En un momento en que la DC está dando pruebas evidentes de su incapacidad para dotar al país de un mínimo de liderazgo político y moral, cuando su crisis, abierta desde hace tiempo, degenera en corrupción, en fenómenos de desconexión, hasta llegar a verdaderas guerras de bandas, ya no basta con pedir la caída del prejuicio anticomunista. Llegados a este punto, somos nosotros, junto con la parte sana del país, quienes no podemos dejar de plantear una cuestión prejudicial: la cuestión moral, que no concierne solo a los individuos ni puede entenderse como una exigencia de ilegalización de un partido que tiene profundas raíces en la sociedad, en el pueblo, en tantas partes sanas del país y en el aparato del Estado, pero que conlleva —eso sí— la liquidación de su sistema de poder.

**AR: Pero ¿es correcto empezar por la cuestión moral?**

**EB:** La cuestión moral existe desde hace mucho tiempo, pero ahora se ha convertido en la cuestión política primordial y esencial porque de su solución dependen la recuperación de la confianza en las instituciones, la gobernabilidad efectiva del país y el mantenimiento del régimen democrático. Es un hecho, es una dura realidad que si queremos evitar que Italia se deslice hacia una condición de país de segundo o tercer orden, hay que pedir al pueblo grandes esfuerzos y grandes sacrificios. ¿Tiene la DC autoridad para hacerlo? En pocas palabras, este es el problema político italiano actual.

**AR: ¿Significa esto que para el PCI toda la DC está perdida para la causa de la moralización y la nueva gobernabilidad?**

**EB:** [...] Es un problema que debe abordarse muy seriamente y sin simplificaciones demagógicas. La crisis de la DC o, si se prefiere, su declive, es real. Pero es la crisis de un partido que no solo gobernó durante treinta años, sino que se confundió en gran medida con el Estado. Así que existe un claro riesgo de que esta crisis traiga consigo traumas, implique a sectores del Estado y del apar-



to y cree situaciones peligrosas. Pero estos riesgos no pueden afrontarse agachando la cabeza y sufriendo la continuidad de su sistema de poder. La gente perdería cualquier punto de referencia alternativo, se perdería cualquier posibilidad de cambio en el terreno democrático. Es necesario luchar duramente contra el sistema de poder de la DC, pero la lucha debe llevarse a cabo de tal manera que no empuje a toda la DC hacia la derecha, que no humille a sus mejores fuerzas, sino que abra nuevas posibilidades, un nuevo terreno para una iniciativa de renovación interna. Dijimos en el documento del Ejecutivo que la DC no es capaz de liderar un Gobierno de rehabilitación moral y reconstrucción de la eficiencia del Estado. Esto no significa que cerremos los ojos ante el hecho de que todavía existen fuerzas dentro de la DC que son conscientes, en mayor o menor medida, del grave problema al que se enfrenta el país y que buscan, sin conseguirlo por el momento, una salida al colapso de la centralidad de la DC. Creo que si estas fuerzas no consiguen cambiar profundamente la dirección y la práctica de su partido, y si realmente creen en la necesidad de su renovación, deberían tener interés en permitir un cambio de Gobierno. Algunos de ellos lo reconocieron cuando dijeron que esta cura de limpieza y renovación se haría mejor si la DC se mantuviera fuera del Gobierno.



## 2. «¿Qué es la cuestión moral?».

Entrevista de Eugenio Scalfari en el diario *La Repubblica*,  
28 de julio de 1981

[...]

**Enrico Berlinguer:** Política se hacía en el cuarenta y cinco, en el cuarenta y ocho y de nuevo en los cincuenta y desde el final de los años sesenta. Grandes debates, grandes choques de ideas y, por supuesto, también de intereses de cuerpos colectivos, pero iluminados por perspectivas claras, aunque diferentes, y por el propósito de asegurar el bien común. ¡Qué pasión había entonces, cuánto entusiasmo, cuánta santa ira! Sobre todo, estaba el esfuerzo por entender la realidad del país y para interpretarla. Y entre los oponentes nos estimábamos unos a otros. De Gasperi estimaba a Togliatti y Nenni y, más allá de las amargas polémicas, fue correspondido.

**Eugenio Scalfari:** ¿Ya no es así hoy?

**EB:** Yo diría que no: los partidos han degenerado y este es el origen de los males de Italia.

**ES:** ¿Se acabó la pasión? ¿Ha caído la estima mutua?



EB: Para nosotros, los comunistas, la pasión no ha terminado. Pero ¿qué pasa con los demás? No quiero emitir juicios y poner el pie en casa de otros, pero los hechos están ahí y están a la vista de todos. Los partidos de hoy son sobre todo máquinas de poder y de clientela: conocimiento pobre o mistificado de la vida y los problemas de la sociedad, de la gente; ideas, ideales, programas escasos y vagos; sentimientos y pasión civil, cero. Se manejan intereses, los más dispares, los más contradictorios, a veces incluso torcidos, sin embargo sin ninguna relación con las exigencias y las necesidades humanas emergentes, o distorsionándolas, sin perseguir el bien común. Su propia estructura organizativa se ha adaptado a este modelo, ya no son organizadores del pueblo, formación que promueve la madurez civil y la iniciativa: son más bien federaciones de corrientes, de *camarille*, cada una con un «jefe» y un «subjefe». El mapa geopolítico de los partidos se compone de nombres y lugares. Para la DC: Bisaglia en Veneto, Gava en Campania, Lattanzio en Puglia, Andreotti en Lazio, De Mita en Avellino, Gaspari en Abruzzo, Forlani en las Marcas y así sucesivamente. Pero para los socialistas es más o menos lo mismo, y para los socialdemócratas, peor...

[...]

ES: Sí, así es; precisamente pienso en esa vuestra proclamada diferencia. A veces hablan como si fueran marcianos o misioneros en tierra de infieles, y la gente desconfía. ¿Querría explicarme claramente en qué consiste vuestra diferencia? ¿Hay algo que temer?

EB: Algunos, sí, tienen razones para temernos, y usted sabe bien a quién me refiero. Para darle una respuesta clara a su pregunta, enumeraré por puntos muy simples en qué consiste en qué somos diferentes, así espero que no haya más margen al malentendido. Así que, primero, queremos que los partidos dejen de ocupar el Estado. Los partidos deben, como dice nuestra Constitución, contribuir a la formación de la voluntad política de la nación, y eso no se puede hacer ocupando partes cada vez más grandes del Estado, cada vez más numerosos centros de poder en todos los ámbitos, sino interpretando las grandes corrientes de opinión, organizando las aspiraciones del pueblo, controlando democráticamente el trabajo de las instituciones. Dije que los partidos han degenerado, algunos más y algunos menos, de esa función constitucional que les es propia, produciendo así daños muy graves al Estado y a ellos mismos. Pues bien, el Partido Comunista Italiano no los ha seguido en esa degeneración. He aquí la primera razón de nuestra diferencia. ¿Le parece que debe infundir tanto miedo a los italianos?

[...]

Nosotros los comunistas pensamos que el tipo de desarrollo económico y social capitalista es la causa de graves distorsiones, de inmensos costes y desigualdades sociales, de enormes despilfarros de riqueza. No queremos seguir

los modelos de socialismo que se han realizado hasta ahora: rechazamos una planificación rígida y centralizada de la economía, pensamos que el mercado puede mantener una función esencial, que la iniciativa individual es insustituible, que la empresa privada tiene su propio espacio y conserva un papel importante. Pero estamos convencidos de que todas estas realidades, dentro de las formas capitalistas —y sobre todo, hoy, bajo el manto de plomo del sistema que gira en torno a la DC— ya no funcionan, por lo que se puede y se debe discutir cómo superar el capitalismo como mecanismo, como sistema, desde el momento en que, hoy en día, está creando masas crecientes de desempleados, parados, marginados, explotados. Aquí está, en el fondo, la causa no solo de la crisis actual económica, sino de fenómenos de barbarie, de propagación de drogas, del rechazo al trabajo, desconfianza, aburrimiento, desesperación. ¿Es un crimen tener estas ideas?

**ES: No encuentro grandes diferencias respecto a lo que puede pensar un convencido socialdemócrata europeo. Pero a usted le parece una ofensa que le comparen con un socialdemócrata.**



163

**EB:** Bueno, hay una diferencia sustancial. La socialdemocracia (estoy hablando de aquella que es seria, por supuesto) siempre ha estado muy preocupada por los obreros, los trabajadores sindicalmente organizados y poco o nada de los marginados, del lumpenproletariado, las mujeres. De hecho, ahora que se han agotado los antiguos márgenes de desarrollo capitalista que permitieron una política socialdemócrata, ahora que los problemas que mencioné antes han estallado en todo el Occidente capitalista, hay signos de crisis también en la socialdemocracia alemana y el laborismo inglés, precisamente porque los partidos socialdemócratas se enfrentan a realidades hasta ahora desconocidas o ignoradas por ellos.

Nosotros hemos puesto en el centro de nuestra política no solo los intereses de la clase obrera propiamente dicha y de las masas trabajadoras en general, sino también los de los estratos marginados de la sociedad, empezando por las mujeres, los jóvenes, los ancianos. Para resolver estos problemas no son suficientes más reformismo y asistencialismo: se necesita una renovación profunda de dirección y estructura del sistema. Esta es la tendencia objetiva y esta es nuestra política, nuestro compromiso. Después de todo, la socialdemocracia sueca también se mueve en esta línea, y casi la mitad de la socialdemocracia alemana (especialmente las mujeres y los jóvenes) también es ahora de la misma opinión. Mitterrand ganó con un programa con ciertos aspectos similares.  
[...]

**ES: Usted ha dicho varias veces que la cuestión moral está hoy en el corazón de la cuestión italiana. ¿Por qué?**

**EB:** La cuestión moral no termina con el hecho de que, puesto que hay ladrones, corruptos, sobornadores en altos niveles de la política y la administración, hay que encontrarlos, denunciarlos y encarcelarlos. Para nosotros los comunistas la cuestión moral, en la Italia de hoy, forma un todo con la ocupación del Estado por los partidos de gobierno y sus corrientes, con la guerra de facciones, con la concepción de la política y métodos de gobierno de todos ellos, que ha de ser simplemente abandonado y superado. Por eso digo que la cuestión moral está en el corazón del problema italiano. Es por eso por lo que otros partidos pueden demostrar ser fuerzas de renovación sería solo si atacan por completo la cuestión moral yendo a sus causas políticas.

[...]

**ES:** Más tarde, hace unos meses, lanzó la línea de la alternativa democrática. Permítame recordarle, señor secretario, que usted y el grupo dirigente de su partido se oponían tenazmente a cualquier discurso alternativo hasta que, de repente, se ha «convertido». ¿Por qué?



164

**EB:** Tal vez haya habido un cierto retraso. Pero recuerdo que desde hace algún tiempo definimos el objetivo de la alternativa como una alternativa democrática para distinguirlo de la de una estricta alternativa de izquierda, para la cual no existen todavía las condiciones. Puedo añadir que también consideramos la posibilidad de que la DC realmente pudiera renovarse y modificarse, cambiar los métodos y la política, decidir estar a la altura de los problemas reales del país. No tengo ninguna dificultad en decir que nos equivocamos en este punto, o mejor que los medios utilizados no lograron el propósito. Cuando nos dimos cuenta, pusimos a la DC de espaldas a la pared, es decir, dijimos que tal DC era incapaz de dirigir el trabajo de rehabilitación y renovación que es necesaria, y que se hiciera a un lado. La alternativa democrática es para nosotros un instrumento que también puede servir para renovar los partidos, incluida la DC.

**ES:** El PCI, a principios de 1977, lanzó la línea de «austeridad». No creo que su llamamiento haya sido bien recibido por la clase obrera, por los trabajadores, por los propios militantes del Partido. ¿Tal vez, cuando recordó que su relación con las masas se había debilitado, pensaba en el fracaso de su campaña de austeridad y en ciertas medidas impopulares que apoyó?

**EB:** Argumentamos que el consumismo individual exasperado no produce solo disipación de la riqueza y distorsiones productivas, sino también insatisfacción, desconcierto, infelicidad y que, sin embargo, la situación económica de los países industrializados —frente al empeoramiento de la brecha, dentro de ellos, entre las zonas desarrolladas y atrasadas, y frente al despertar y avanzar de los antiguos pueblos y países excoloniales y de su independencia— ya no permi-

tía garantizar un desarrollo económico y social preservando la «civilización del consumo», con todos los fracasos, incluyendo morales, que son intrínsecos a ella. La propagación de drogas, por ejemplo, entre los jóvenes es uno de los signos más graves de todo eso y nadie se hace realmente cargo. Quiero aprovechar la oportunidad de esta entrevista para anunciar que nuestro partido ha decidido hacer de la cuestión de la lucha contra las drogas uno de los puntos esenciales de su compromiso político y organizativo.

Pero estábamos hablando de austeridad. Fuimos los únicos en hacer hincapié en la necesidad de luchar contra el despilfarro, aumentar el ahorro, contener el consumo privado superfluo, frenar la dinámica perversa del gasto público, promover nuevos recursos y nuevas fuentes de trabajo. Dijimos que los trabajadores también deberían contribuir con su parte al esfuerzo para enderezar la economía, pero que el conjunto de sacrificios tenía que ser hecho aplicando un principio de estricta equidad y que debería haber tenido el objetivo de iniciar un tipo diferente de desarrollo y diferentes formas de vida (más ahorrativas, pero también más humanas). Esta fue nuestra manera de plantear el problema de la austeridad y la lucha simultánea contra la inflación y la recesión, es decir, desempleo. Especificamos y desarrollamos estas posiciones en nuestro XV Congreso en marzo de 1979; no fuimos escuchados. Ni el PCI ni el movimiento sindical encontraron el interlocutor político que recogiera y utilizara ese mensaje...



## Contra la guerra, la amenaza nuclear

1. «Hacia el 2000: Orwell, el ordenador y el futuro de la democracia». Entrevista a cargo de Ferdinando Adornato, en el diario *l'Unità*, 18 de diciembre de 1983

**Ferdinando Adornato:** Al principio dijiste que no ves el escenario catastrófico del futuro por causa de la electrónica, sino de la guerra. Te haré una pregunta que habrás recibido cientos de veces: ¿realmente crees en la posibilidad de una guerra nuclear global?

**Enrico Berlinguer:** Sí, creo que es realmente posible. No hay ley histórica que pueda decir: es imposible. Por mucho que la mente se detenga, absolutamente horrorizada, ante la eventualidad del fin de la civilización humana, esta no es una razón suficiente para detener la posibilidad de guerra. Y yo diría que, en los últimos tiempos, el peligro se ha vuelto más real. De hecho, mientras que en un momento dado el llamado «equilibrio del terror» funcionó como disuasión, hoy comienza a no ser así. El riesgo ha empeorado especialmente debido a la creciente incontrollabilidad de los procesos económicos y políticos mundiales. Al mismo tiempo ha habido un nuevo salto en calidad y sofisticación



tecnológica de las armas. Se han gastado ríos de tinta, por académicos y estrategas, para describir esas innovaciones: cuando hay herramientas con las que puedes golpear al adversario en pocos minutos eso puede dar lugar a la tentación de lanzar el primer ataque. O puede hacer surgir el miedo a recibirlo y por tanto, como reacción, la tentación de lanzarlo primero. Y luego está la posibilidad, ahora verificada, del error, que muchos científicos han demostrado repetidamente que es real. Errores, por ejemplo, en los sistemas de avistamiento: leí que en Estados Unidos ha habido varios de estos errores, que todos se corrigieron después de unos minutos. Y es concebible que lo mismo sucedió en la Unión Soviética. En estos tiempos, con nuevos misiles y con otras armas, todavía pueden reducirse, pero puede llegar el día en que el error ya no se pueda corregir a tiempo. Y es que los misiles, una vez lanzados, no se pueden detener. Pero es más: siento que hoy se empieza a hablar de «guerra nuclear limitada» o «guerra nuclear victoriosa». Ya es una señal muy seria que estemos hablando en esos términos, que estemos hablando de creer que puedes salir victorioso de una confrontación nuclear. Y también que alguien piense que pueda salir ileso. Esa es una concepción muy peligrosa. Recuerdo una película de los años sesenta, *La última playa*,<sup>4</sup> de Stanley Kramer. Se desarrollaba en Australia, una Australia que era la única tierra que se había salvado de un conflicto nuclear. Luego, al final, todos se vieron obligados a tragar una pastilla para suicidarse y evitar el sufrimiento atroz causado por la radiación nuclear que, lentamente, se acercó incluso a esa última playa en esa última tierra del mundo. Ya a lo largo de los años sesenta se sabía que un conflicto nuclear no daba tregua a nadie. Figurémonos si no hemos de tener esa conciencia viva hoy.

**FA: He aquí que la utopía vuelve a tener poco espacio, presionada por la angustia de la catástrofe...**

**EB:** No, hoy estamos luchando por objetivos que también podemos llamar «limitados», es decir, para detener la nueva escalada de armamentos. Pero digamos que necesitamos llegar a etapas más avanzadas: la congelación, la reducción progresiva hasta la prohibición completa de las armas nucleares, de las biológicas, químicas... ¿El desarme total puede considerarse una «utopía»? Yo digo que no. Técnicamente, hoy en día es posible controlar el desarme, mientras que en el pasado no era así. Yo digo que se convertirá en una necesidad no solo para sobrevivir, sino también para resolver problemas de la humanidad, empezando por los del desarrollo. Por supuesto hoy el mundo parece ir en otra dirección, pero creo que esta, que ha sido una utopía típica del movimiento socialista, es ahora muy actual.

<sup>4</sup> En España se proyectó con el título de *La hora final*, el mismo que se dio a la novela de Nevil Shute sobre la que se basó la película de Kramer rodada en 1959.

## Partido y sociedad

### 1. «Partido y sociedad en la realidad de los años ochenta».

Publicado en *Rinascita* el 6 de diciembre de 1982

[...] Hay que dejar claro de entrada que no se trata de la supuesta renovación a la que nos instan demasiados de nuestros críticos o mentores. Según ellos, en efecto, la renovación del PCI solo se produciría realmente en presencia de la siguiente novedad: nuestro partido debería dejar de ser comunista, debería dejar de ser diferente, debería —como les gusta decir hoy— «homologarse» a los demás partidos, es decir, debería hacerse «más democrático», «más occidental», «más europeo», pero en el sentido de convertirse, en última instancia, en una formación política como tantas otras, inserta en el sistema actual e inclinada, a lo sumo, a ajustes parciales y sectoriales dentro de él. En definitiva, para todos ellos solo daríamos la verdadera prueba de nuestra capacidad de renovarnos si renunciaríamos a seguir siendo un partido que, por su carácter, por el estilo de su vida interna, por su conducta, por sus ideales, aún no es asimilable a los métodos de lucha política, de gobierno, de gestión de los asuntos públicos, a las costumbres internas, a las formas de ejercer (y abusar) del poder que caracterizan a los actuales partidos italianos no comunistas y anticomunistas.

Absurdamente, seríamos los auténticos renovadores de nuestro partido y del actual sistema de partidos si fuéramos los comunistas los que acabáramos con la «cuestión comunista» y, por tanto, con la fuerza política fundamental que, precisamente por su peculiaridad y diversidad, mantiene dos necesidades vitales para nuestra República: la necesidad de liquidar el actual sistema de poder, construido a lo largo de treinta y cinco años por partidos no comunistas o anticomunistas con la DC a la cabeza, y la necesidad de luchar y llamar a la lucha para liquidar ese sistema y a todas las fuerzas trabajadoras, populares y democráticas, dentro y fuera de los partidos: lo que significa entonces llevar a cabo una acción unitaria para restaurar y renovar los propios partidos y sus relaciones con el Estado, con la sociedad y dar lugar a una alternativa democrática al actual sistema de poder centrado en la DC.

[...]

En 1944, Togliatti percibió la necesidad y esbozó los rasgos básicos de un Partido Comunista Italiano que ya no era solo una vanguardia de cuadros (y mucho menos una secta de meros propagandistas), sino un nuevo partido de masas. Inherentes y conectados a este objetivo y a esta tarea, que a un juicio superficial podrían haber parecido simplemente un cambio en la estructura organizativa del Partido, estaban una estrategia política democrática y un método de trabajo y de lucha democrática dirigidos a afirmar la función de dirección nacional de la clase obrera, una visión más amplia de sus alianzas y una



concepción más elevada y completa del bloque histórico gramsciano que debía formarse y aplicarse para transformar la sociedad italiana en la dirección del socialismo.

[...]

Pero las fuerzas y ámbitos sociales hacia los que dirigimos nuestra acción e iniciativa en aquel momento, y cuyos problemas y aspiraciones interpretamos y en la medida de lo posible resolvimos, fueron las fuerzas de cambio inherentes a la sociedad de la época, de aquella situación concreta que existía hace casi cuarenta años. Hoy, las masas excluidas y desprotegidas que aspiran al cambio, o que en todo caso lo necesitan, así como los problemas que hay que conocer, abordar y resolver, han cambiado en gran medida; y cuanto más extenso es el terreno, más amplio a la vez que complejo es el horizonte de la política y de la acción política de un partido como el nuestro, es decir, de un partido de masas organizado que quiere transformar la sociedad.

Aquí alguien interviene para decirnos (y parece que no faltan en nuestras filas quienes lo apoyan) que entre los cambios que se produjeron entre los años cuarenta y los ochenta hay uno del que debemos extraer ciertas consecuencias en cuanto al carácter del partido. Se señala que, a menudo, la proporción tan baja que existe en determinadas ciudades y zonas entre la afiliación al partido y sus votantes no tiene consecuencias negativas en el número de votos que nos llegan. En consecuencia, se argumenta, «desde el punto de vista electoral es irrelevante tener muchos o pocos afiliados; al final, importa más hacer opinión, llamar la atención, estar presente en los medios de comunicación, etcétera». Si —se dice— consiguiéramos hacer del PCI un gran partido de opinión que tocara los sentimientos, las conciencias y los intereses de la gente a través de la comunicación de masas, no solo no perderíamos votos, sino que incluso los aumentaríamos. Por lo tanto, concluye, «tener 1,7 millones de afiliados o tener la mitad de ese número movería poco o nada a la hora de lograr el máximo peso electoral».

En realidad se pueden citar muchas cifras, por ejemplo, que demuestran que muchos afiliados también aportan más votos. Pero, y este es el punto decisivo, si siguiéramos este razonamiento, acabaríamos convirtiéndonos no en un gran partido de masas moderno, sino en un partido electoral, en un partido «a la americana», es decir, un partido que solo pensaría en conseguir votos, que devaluaría el trabajo en contacto directo con el pueblo para ayudarle a pensar, a organizarse y a luchar, que vaciaría de todo contenido la milicia política, que solo pensaría en tener más diputados, más senadores, más concejales, más ediles, más puestos de poder. Y, por cierto, si nos convirtiéramos en esto tampoco tendría sentido la descentralización que estamos llevando a cabo, es decir, el esfuerzo organizativo y político que estamos haciendo para extender la presencia organizada capilar y la iniciativa constante de nuestras secciones, nuestras zonas, nuestras federaciones.



Pero ¿seguiría siendo el Partido Comunista Italiano un partido «renovado» de este modo? ¿No son el electoralismo y la caza del poder los vicios de los otros partidos a los que querrían que nos conformáramos? Ganar más votos es ciertamente indispensable; prestar más atención y lograr una mayor presencia de los nuestros en la prensa, en la radio, en la televisión, en todos los medios de comunicación de masas, es correcto; ser más capaces de expresar una opinión sobre cada problema grande y pequeño, es importante. Pero ¿no es aún más importante ser muchos comunistas? Creo que sí. Al contrario, es el momento de tener más afiliados y al mismo tiempo de formar militantes, más conscientes y activos, es decir, de tener más camaradas comprometidos con un trabajo preciso, con tareas bien definidas, con una carga política, humana e ideal armada con la que se pueda ir y saber estar entre las masas, con sus problemas, sus aspiraciones, sus enfados, sus luchas; más camaradas en puestos de responsabilidad y dirección pública y privada, bien preparados, bien orientados, fieles al mandato recibido. ★

